

la hermana de Catzonzin, rey de Michoacan. Este argumento, algo debilita la opinion de los que suponen á la princesa resucitada; pero no me parece de tanto peso, que por él solo hubiera de desecharse el supuesto prodigio, porque en esta diversidad de opiniones, solo hay variacion de los accidentes, estando todos conformes en el fondo que forma la sustancia del caso; pero lo que si nos hace fuerza para no admitir el tan ponderado presagio, es que D. Fernando Alba Ixtlixochitl que nació el año de 1570: en su relacion sobre la venida de los españoles, habla del bautismo de Papantzin, sin hacer mérito de la supuesta resurreccion, que de seguro habria sabido siendo un hecho tan notable y no habria dejado de referirlo; tanto mas, cuanto que despues de muerto el gobernador de Tlaltelolco que fué su primer esposo, pasó á ser legítima muger de Ixtlixochitl hijo del rey Nezahuápilli, de quien descendia el citado D. Fernando Alba. En todo esto lo que si parece tenerse por cierto, era la tradicion general de las predicciones de Quetzalcohuatl que conservaron siempre todos los pueblos y la del sábio Huemantzin, que particularmente guardaron los toltecas, la cual designaba la venida de gentes extrañas que se apoderarian del territorio y aun fijaban el año en que esto aconteciera, marcado como se ha dicho, con el geroglífico *ce acatl*, correspondiente al de 1519 como efectivamente sucedió.

CAPITULO IX.

Del descubrimiento de este continente,

Antes de seguir la narracion de los acontecimientos en el reinado de Moctehuzuma, donde quedó pendiente en

el fin del tomo primero, conviene dar idea del descubrimiento de estas regiones que por tantos siglos estuvieron ocultas á los pobladores del antiguo mundo.

En el año de 1435 nació en la ciudad de Cologusto en el estado de Génova, en la familia de un pobre tejedor, el inmortal Cristóbal Colon, genio privilegiado y destinado por la Providencia, para trazar la línea de comunicacion entre los dos mundos. Desde muy niño manifestó su inclinacion á la marina y su diversion era construir pequeños navios que hacía flotar sobre la superficie de las aguas: conforme lo fué permitiendo su edad, se iba dedicando al estudio de la geografia, la astronomía y de mas ciencias auxiliares al arte de navegar, pero sobre todo su ardiente y atrevida imaginacion, se complacia en leer las relaciones en que los viajeros contaban sus aventuras y sus viages. Entre estos particularmente le agradaba la del veneciano Marco Polo en su viaje á la China y diversas regiones de la India Oriental: y no teniendo recursos para comprar aquella obra, se dedicó á copiarla y siempre traia consigo este manuscrito que daba pábulo á su idea favorita de descubrir estas encantadoras regiones, caminando hácia el Oeste.

Para mejor conseguir la realizacion de su bello ideal, rogó á su familia lo dedicara á la marina, en que en poco tiempo adquirió gran destreza y conocimientos, y cuando ya se creyó capaz de ejecutar su grandioso pensamiento, empezó á comunicarlo á sus compatriotas, que por estar enteramente dedicados al comercio vieron con desprecio el proyecto de Colon. Este pasó á Portugal á implorar los auxilios del rey Juan II, porque hasta ese punto los portugueses habian hecho los viages mas atrevidos en el mar; mas sin embargo, la mala acogida que en aquella corte halló la gigantesca empresa de Colon, lo hicieron pasar á España llegando con su hijo Diego al puerto de Palos, en la provincia de Andalucía,

donde fué hospedado en un convento y tratado con la mayor consideracion por el monge Juan Perez, prior de aquella ciudad. Colon en medio del aire magestuoso y grave con que lo habia dotado el cielo y la franqueza de su carácter, refirió al prior la historia de su vida y las ideas que devoraban su imaginacion, las cuales hallaron buena acogida en el humilde religioso y lo alentó á realizar su empresa, ofreciéndole una recomendacion para alguna persona de valimiento cerca de los reyes católicos D. Fernando y D^a Isabel que se hallaban en Córdoba dirigiendo la guerra contra los moros.

Partió luego el genovés alentado con los buenos oficios de su protectora; pero ni la persona á quien lo recomendó el monge de Palos, ni los demas cortesanos prestaban la menor atencion á sus solicitudes calificadas de importunas, por lo cual no logró una entrevista de los soberanos, sino á costa de una heroica paciencia y de una resignacion constantemente animada por el fuego de su voluntad. Fernando oyó con desprecio la esposicion de Colon; mas la reina Isabel, mas prudente que su marido, hizo convocar una junta de los mas distinguidos sábios, para examinar la idea de aquel extranjero, que para realizarla, solo pedia el auxilio bien pequeño para un soberano. Divulgada esta noticia, el rey de Portugal mandó hacer en secreto ventajosas proposiciones al marino genovés; pero este con su natural dignidad las rechazó y desde este momento cambió su suerte y fué el objeto de las mayores atenciones en la corte de los reyes católicos.

A pesar de esto aun pasaron cinco años, sin que se vencieran las dificultades de tan árdua empresa, hasta que con la toma de Granada se facilitaron los medios, y en el mismo palacio de la Alhambra, donde los reyes recibian las ovaciones por su victoria, dieron orden para que en el mismo puerto de Palos se dieran á Colon los tres navios que habia pedido, confiriéndole el título de Almi-

rante del Océano y gobernador de todos los países que descubriera.

El sufrido Colon partió á Palos, lleno de gozo porque iba á dar principio á la obra mas arriesgada en aquella época, sin saber que aun le faltaban nuevas dificultades donde ejercitar las virtudes que con una luz inestinguible, marcan su gloriosa tumba á las miradas de todas las generaciones. Era tal el asombro con que se veia en aquellos tiempos el mar, que no se creía penetrar en él á grandes distancias, sin esponerse á una muerte segura; tales preocupaciones propias del atrazo en que se hallaba la navegacion, hicieron que todos los marineros de Palos opusieran una gran resistencia á las órdenes de sus soberanos; pero la fé que Colon tenia en su proyecto, le inspiró razones para domar aquel pueblo que con su cobarde insolencia podia hacer fracasar su grande obra, y logró alistar las tres embarcaciones, yendo una á su cuidado inmediato y las otras al de los dos hermanos Pinzon, Vicente y Alonso. El dia 9 de Agosto de 1492 se dio á la vela llevando en las tres naves, solo ciento veinticinco hombres, resuelto á descubrir aquellas tierras que su ardiente imaginacion presentaba, como un manantial inagotable de riquezas.

Tocó en su viage las islas canarias, donde su tripulacion renovó sus provisiones y siguiendo de allí la ruta que él se habia propuesto, despues de un mes de bogar bajo la misma direccion sin encontrar la tierra tan deseada, empezó á decaer el ánimo de sus compañeros, cuando dos aves se pararon en los mastiles de los buques y las yerbas de distintas especies que fluctuaban en la superficie de las aguas, indicaron estar cerca la playa que buscaban; pero echando la sonda sin que encontrara fondo, conocieron estar lejos aun el término de su penoso y arriesgado viage. Este desaliento se vino á convertir en un verdadero espanto, cuando las ondas de

aquel inmenso mar, presentaron á la vista de los atemorizados marineros un mastil de nave; despojo que tuvieron como un seguro indicio de su naufragio, quedando en el fondo de aquel remoto abismo sin que siquiera llegara á su país noticia de su fatal destino!—Solo Colon con la grandeza de su alma y alentado con la sublimidad de sus ideas, se hacia superior á los peligros de los furiosos elementos y de los temores de sus compañeros; pero en estos crecia mas y mas su miedo hasta que formaron la resolucion de arrojarlo á las aguas si no convenia en volver á su patria de donde los habia alejado. En aquel grave conflicto, el Almirante vestido de su serenidad les dijo á los amedrentados marinos. "Amigos míos, tengo la seguridad de que antes de tres dias habremos descubierto esta tierra que hasta hoy parece huya de nuestra vista." A estas palabras estalló un grito general llenando á Colon de furiosas imprecaciones y él con su misma calma, continuó: «Pues bien, si dentro de tres dias no hemos descubierto la costa *consiento* en abandonar una empresa que nos prometia tanta gloria y riquezas para volver á España.» Algo se quietó con esto la rabia de aquellos ánimos y continuaron su viaje entre las alternativas de considerar un grave peligro y la esperanza aunque remota de tocar aquella fuente de riqueza que determinó á la tripulacion para una travesía tan difícil. Colon no se inmutaba á vista del riesgo á que estaba espuesto, y la víspera del tercer dia, dió orden á los pilotos de marchar con la mayor precaucion, á fin de no estrellarse en las rocas que coronaban estas costas desconocidas. Los marineros creyeron que en esto preparaba el Almirante algun engaño; pero siempre alentados por alguna esperanza, nadie durmió esa noche. A la madrugada empezaron á percibir los perfumes que en alas de la suave brisa, venia de una selva de árboles aromáticos que se presentó á su vista á los primeros rayos

de la aurora. En vista de la costa á una distancia tan inmediata, un grito unánime de regocijo pobló los aires: y todos corrian á depositar en los piés de Colon las lágrimas de su arrepentimiento, pidiendo les perdonase las ofensas que le habian hecho. El grande hombre recibia con indulgencia y humildad aquellas demostraciones y participando de la alegría general, levantaba al cielo sus manos en accion de gracias, por haberlo conducido libre de tantos riesgos á la tierra desconocida que era el término de sus deseos.

Era el dia 8 de Octubre, despues de 65 de bogar en aquellos remotos mares: se arribó á la costa: los habitantes de aquel país enteramente desnudos y sorprendidos del arribo de los españoles corrian á ocultarse en el centro de los bosques; y como Colon estaba preocupado con que esa tierra era parte de la India descrita por Marco Polo, llamó indios á sus habitantes, y desde entonces fueron así conocidos, y la tierra por India Occidental. El descubridor, vestido con su gran uniforme de grana y llevando el pabellon real en que estaban bordados los nombres de Fernando é Isabel, saltó á tierra con sus compañeros, en la que se postró á rendir gracias á la Providencia: despues desenvainó su espada, y plantando su bandera en aquel suelo, declaró en alta voz que aquella tierra pertenecia desde entonces á los reyes de España. El suelo que pisaban por la primera vez, era una isla, que llamaron San Salvador, en agradecimiento del feliz desembarco.

Los indios parados á cierta distancia, observaban aquellas ceremonias, las raras figuras de los recién llegados, y sobre todo les llamaba la atencion el vestido de Colon: este les hizo señas para que se aproximaran; pero los indios atemorizados huyeron y solo uno pudieron alcanzar los marineros, que lo trajeron á presencia del Almirante. Este recibió con agrado al desnudo habitante.

ta de aquella isla, y poniéndole un gorro de color, un collar de cuentas de vidrio y algunos cascabeles en las orejas, lo mandó dejar libre y por señas le hizo entender que llamara á sus compañeros para hacerles iguales regalos. Los tímidos y sencillos naturales, admirados de aquellos hombres que creyeron bajados del cielo, y alhagados por los presentes hechos á su compañero, pronto volvieron á la playa, rodeando á los marineros, tocando sus vestidos y sus armas y pidiéndoles cascabeles y collares, en cambio de lo que, ellos les daban pedazos de oro puro, que por adorno llevaban colgados á las narices y en las orejas. Entonces todos recordaron la promesa de Colon, de conducirlos á una tierra abundante en oro y otras riquezas, é informados por señas de donde sacaban aquel precioso metal, comprendieron que de un país situado al mediodía. Por esta noticia determinó el almirante embarcarse y seguir la navegacion con el rumbo indicado, logrando con algunas dádivas, llevarse á muchos indios para que lo dirigieran en su viaje. Salieron las embarcaciones de las islas Lucayas y siguiendo el rumbo indicado por los naturales, descubrieron otra tierra mas vasta, cuyos dilatados bosques embalsamaban el aire y á cierta distancia de la playa, se presentaban á su vista grandes parvadas de papagayos cuyo matizado plumaje brillaba á los rayos del sol. Aquella nueva tierra cuya hermosura y fertilidad agradó tanto á los marineros, es la isla de Cuba: ahí tambien saltó á tierra la tripulacion y por los mismos regalos de cascabeles y cuentas de vidrio, conseguian de los naturales pedazos de oro ya en planchas sueltas ó en adornos de unas máscaras de madera. Pero aquí sobre todo llamó la atencion de los españoles, ver como los indios enroyaban las hojas aromáticas del tabaco, planta desconocida en Europa y encendiéndola por una punta, aspiraban con la otra el humo: uso que hoy está tan generalizado en to-

do el mundo y que ha dado tan crecidas rentas al gobierno español, por el tabaco de aquella isla.

Queriendo siempre Colon llegar á la tierra que los de S. Salvador le habian indicado, volvió á hacer á la vela sus naves y en ese mismo dia antes de ponerse el sol, advirtió que la nave de Alonzo Pinzon habia desaparecido; pero como el tiempo habia estado sereno, conoció que su separacion fué intencional tal vez con ánimo de volverse á España para atribuirse el mérito de los descubrimientos hechos. Sin embargo, el descubridor siguió su camino y pronto arribó á la isla de Santo Domingo, habitada por un pueblo cuya fuerza inspiraba serios temores á los de San Salvador, que con señas y gestos querian disuadir al Almirante de que llegara á ella. Pero como este hombre intrépido despreciaba todos los peligros, por conseguir el objeto que se proponia en su viaje, sin detenerse por estos temores, llegó á las playas de donde huyó una multitud de pueblo, que logró atraerlo con la misma astucia que se atrajo al de San Salvador. Colocó sus naves en un punto donde se resguardaran de cualquiera tormenta y se dirigió al lugar donde residia Guacanagari, uno de los cinco gefes que tenían repartida aquella isla y que los indios llamaban Cacique: de aquí tomó origen, el que los españoles en México, llamaron con el mismo nombre á todos los nobles y gefes de los pueblos, no obstante que en todo el imperio era desconocido este nombre.

El Cacique Guacanagari recibió hospitalariamente á Colon y gracias á su generosidad que al dia siguiente le mostró prácticamente, pudo salvarse el mismo almirante y muchos de sus compañeros, de un naufragio en que pereció uno de sus dos bajeles. Guacanagari para obsequiar á sus huéspedes hizo reunir á su pueblo para que manifestara su agilidad en diversas clases de juegos: y por su parte el casique de los hombres blancos, como

los naturales llamaban á Colon, mandó disparar los cañones que se habian salvado del naufragio, lo qual causó tal espanto á los indios, que se dejaban caer al terrible estallido, creyendo ser heridos por un rayo y ofrecieron vivir siempre en amistad con estos extrangeros, que creian ser bajados del cielo supuesto que llevaban consigo el relámpago y el trueno.

De ahí pensó el almirante volver á España para traer el número de gente bastante para asegurar al rey el dominio de toda aquella tierra y la mas que pudieran descubrir segun los informes de los indios; mas como solo le quedaba un navio y no era suficiente para todos sus marineros, cañones y demas objetos, determinó dejar al abrigo de la hospitalidad de Guacanagari una parte de su gente, construyéndoles en la playa, una pequeña fortaleza de madera, defendida por sus cañones al mando de un valiente oficial llamado Arana.

En Marzo de 1493 se embarcó el descubridor para volver á España, llevando consigo gran cantidad de oro del que habia recogido de los indios en cambio de las baratijas que les daba para sus adornos y ademas muchas coronas, máscaras, planchas y polvo todo del mismo metal que le habia regalado el hospitalario Guacanagari, que sintió gran pena á la salida de su noble huésped: tambien llevó consigo algunos indios y gran cantidad de primorosos pájaros, plantas olorosas y las mejores frutas que halló en los fértiles paises que acababa de descubrir.

A su regreso encontró la nave de Alonzo Pinzon, respecto de quien no se habia engañado el almirante; pero su perverso designio, fué desvaratado por sí mismo, pues perdido en aquellos mares desconocidos, vagaba acá y allá sin direccion fija, hasta que la Providencia le volvió á deparar la compañía del gran hombre á quien habia tratado de usurpar su mérito por el descubrimiento.

Colon sin manifestarle ninguna reconvencion, le ordenó seguirlo; y Pinzon no insistió en su desobediencia, por temor de no volverse á estraviar. En este regreso, una nueva tempestad puso en conflicto á la pequeña flota de Colon: y este héroe, temeroso de quedar ahí sepultado en el abismo, llevándose consigo la importante noticia de los descubrimientos que habia hecho, envolvió el diario de su viaje en un pan de cera, y puesto en un tonel, estaba dispuesto á hecharlo al mar en sus últimos momentos, para que aunque fuera con el transcurso de muchos años, pudiera llegar á Europa la noticia del resultado de su viaje. Pero felizmente, esta precaucion fué inútil, porque al fin calmó la tempestad y con mejor acierto caminaron hasta arribar al mismo puerto de Palos de donde hacia siete meses habia salido.

Por todas partes donde pasaba, se agrupaban los pueblos para conducir en triunfo al descubridor de un nuevo mundo y para admirar los seis indios que lo acompañaban y las cuantiosas riquezas que en tan poco tiempo habia podido recoger. Llegó á Barcelona donde lo esperaban los reyes: fué introducido á su presencia en un salon magníficamente adornado para esta ceremonia: y los grandes del reino rodeaban el trono en que estaban sentados Fernando é Isabel. La costumbre entonces en aquella corte era de que cualquiera que se presentara á la presencia del rey debia postrarse á sus plantas; pero los soberanos dispensaron á Colon de esta ceremonia y antes le mandaron que se sentara en un sillón al frente del trono, de donde contó el resultado de su espedicion, que hizo derramar lágrimas de regocjo á los reyes, y postrados todos en tierra entonaron á la Providencia un himno de gracias por haber concedido á España nuevas regiones donde estender sus dominios. Se colmó de honores al intrépido navegante que con su génio inmortal abrió las puertas de un mundo desconocido para que re-

cibiera las luces de la verdadera civilización: y dándole otras naves y mayor provision de marineros y demas objetos que podia necesitar, volvió á la tierra descubierta por la constancia de su ingenio, para concluir la gloriosa empresa que habia comenzado.

CAPITULO X.

Siguen los viajes de Cristóbal Colon.

Despues de algunos meses de estar Colon en España, se prepararon las embarcaciones prometidas, suficiente número de marineros, artesanos de todas clases, instrumentos de labranza, animales no conocidos en las nuevas tierras y semillas útiles para la vida del hombre: un gran número de aventureros estimulados por la riqueza de las tierras descubiertas por el almirante, corrian de todas partes para tomar parte en su segundo viaje, y con todo este acompañamiento y en medio de las declamaciones de una muchedumbre maravillada de los esfuerzos de Colon, salió este héroe de las costas de Andalucía para volver al nuevo mundo.

Un mes tardó este segundo viaje, durante el cual descubrió las otras antillas; pero sin detenerse en ellas se dirigió á la de Santo Domingo donde habia dejado á sus compañeros. Luego que estuvo cerca de la costa, mandó disparar sus cañones, para indicar su llegada; pero sin recibir contestacion alguna, desembarcó y fué á la fortaleza que habia dejado, la cual encontró destruida, las armas de sus soldados rotas y algunos huesos humanos: y es, que apenas salió Colon para España, cuando Arana y sus compañeros se entregaron á mil exesos con los indios por apoderarse del oro que les veian, y no contentos con pagar con esta ingratitud la hospitalidad del

afable Guacanaguari, se avanzaron hasta la rica provincia de Cibao, donde habian oido decir que los arroyos arrastraban arenas de oro y la tierra contenia por todas partes este estimable metal; y *Caonabo*, cacique de aquella provincia, de un carácter feroz, excitado por aquellos exesos armó un considerable número de indios y cargó sobre los españoles, persiguiéndolos hasta su fortaleza, que destruyó con los últimos que la defendian. Esta fué la primera sangre española derramada en el mundo de Colon, en castigo de las maldades de sus compañeros: y eran las primicias que se pagaban, de la mucha que debia costar la lucha que por algunos siglos emprendian con aquellos pueblos para cargarlos con el yugo de su dominacion.

Guacanaguari recibió á su amigo Colon con muestras de regocijo y le explicó como habia pasado la destruccion de sus compañeros: y el almirante satisfecho de la sinceridad del cacique, mandó desembarcar todo su acompañamiento. Luego entre aquellos bosques cuya antigüedad se remontaba al origen de los tiempos, empezó á fundar una ciudad á la que dió el nombre de Isabela, en honor de la reina de Castilla su protectora: la cercó con altas murallas como una plaza europea: y comenzaron luego á cultivar aquella fértil tierra, sembrando el trigo de España y plantando la caña de azúcar de Sicilia.

La docilidad del carácter de los indios, les proporcionaba auxiliares bastantes para sus trabajos: y los cascabels y demas objetos que llevaban, les proporcionaban recoger grandes cantidades de oro que les cambiaban los naturales. Mas con todo, no era la abundancia de este metal, como se la habia figurado la multitud de aventureros que siguieron al descubridor, y no contentos con aquella vida laboriosa á que el almirante los queria sujetar, se desagradaron muchos y volvieron á España, donde por medio de viles calumnias, prepararon una in-